¡Democracia!

Joseph Brodsky

Traducción de Aurelio Major

SEGUNDO ACTO

Las oficinas centrales de un pequeño Estado capitalista. Interior: En los muros, retratos de estrellas del cine y del rock and roll. Cornamentas. Un oso de peluche de tamaño natural al que los actores asienten o miran cuando se usa el pronombre "ellos". Ventanas altas estilo regencia, enmarcadas por cortinas blancas a través de las cuales pueden verse a medias las agujas de las iglesias luteranas y letreros que anuncian Cinzano, Coca-cola, MacDonald's, etc. Una larga mesa de conferencias atestada de botellas de cerveza y vino y comida. Sobre el escritorio del jefe de Estado, una multitud de teléfonos.

Anochece.

Comen tres hombres de edad madura y una mujer de edad indeterminada. Son: Basil Modestovich, jefe de Estado; Petrovich, ministro del Interior; Gustav Adolfovich, ministro de Finanzas; Cecilia, ministra de Cultura. Matilda, la secretaria.

—No están mal los ostiones, ¿verdad?
—Sí, están frescos.
—Pues sí, llegaron en avión.
—¿Los nuestros o los de ellos?
—Los nuestros, que son los de ellos pero repintados.
—Y también raquíticos.
—De todos modos, son sólo dos o tres horas cuando mucho.
—Tres.
—Todavía están frescos.
—Y son muy sabrosos con limón.
—Son las ventajas de la ubicación geográfica.
—Es Europa después de todo.
—Sí, pero Central.
—Aunque fuera Oriental.
—Y aunque fuera Asia, sigue siendo Occidente. Casi el Mercado Común.
—Sólo que no hay Mercedes.
—Cierto, pero las carreteras, también, están más o menos.
—Todavía no veo una supercarretera por ningún lado.
—No es tan simple.
—De hecho son mil kilómetros nada más de pantanos.
—Sólo por mencionar la frontera Oeste.
—¿Y a quién le importa la del Este?
—Sí, podrías cabalgar en esa dirección tres años sin alcanzarla.
—Ponles limón, limón.
—Sólo con un tractor.
—O con un tanque.
—Un tanque vendría hacia acá, no iría hacia allá.
—Al que habla del pasado, Gustav, habrán de sacarle un ojo.
—Y al que se le olvide, los dos.
—Ya, tranquilos.
—Sí, es cierto...
—Y en fin, es el fin de la historia.
—Sí, ya leí el artículo. Matilda lo tradujo del inglés.
—Todo lo que queda es la geografía.
—Y sus ventajas.
—Siempre que alguien quiera algo, no será el fin de la historia.
—Un Mercedes, por ejemplo.
—O un Rolex.
—Bueno, Basil Modestovich ya tiene su Rolex.
—Sí, pero él es el presidente. Porque es representativo.
—No sabes quién pueda venir.
—Sí, por avión.
—La reina de Inglaterra.
—El canciller alemán.
—El presidente de la república Onana.
—El ayatola iraní.
—El papa romano.
—Mikado.
—Y no puedes estar sin un Rolex, es imposible.
—De otro modo llegarías tarde al aeropuerto.
—El plato principal parece demorarse, también.
—Por no hablar de la oficina.
—Nos podemos perder un acontecimiento.
—Sobre todo histórico.
—Claro, siempre llegan en visita histórica.
—Incluso de Bélgica.
—Mientras el aeropuerto funcione, no será el fin de la historia.
—Siempre que alguien quiera algo.
—¿Qué hay de ti, Cecilia, quieres algo, digamos, además de un Mercedes?
—Voy a comer más ostiones.
—Ya no hay. Sólo enviaron cuatro docenas.
—Sólo para los miembros del Consejo de Estado.
—Sí, para los Influyentes. Hay que nutrir las fuerzas moderadas.
—Les importamos, después de todo. [*Asiente hacia el oso.*] En una transmisión ininterrumpida.
—Antes también era ininterrumpida.
—¿Cómo puedes compararlas? Antes sólo se grababa el sonido. Hoy día la imagen es en color.
—A veces hacen tomas de frente y de perfil.
—Con las iniciales CNN.
—Les importamos.
—Más bien, nos vigilan.
—Después de todo, Petrovich, padeces de manía persecutoria.
—Siempre la he sufrido.
—En pocas palabras: es el ministro del Interior.
—O persigue o lo persiguen.
—A veces ocurre.

—Es una especie de complejo.
—Un caso clínico.
—Ya, déjenme en paz. No nos vigilan a nosotros, sino a la historia.
—¿Y qué caso tiene vigilarla?
—En especial cuando ha llegado a su fin.
—Sobre todo si no.
—Claro, ya que el repertorio es limitado.
—Ajá. Democracia o tiranía... A eso se reduce. ¿No es cierto, Basil Modestovich?
—Más o menos, Cecilia, pero en general, no... El platillo fuerte se ha demorado...
—¿Quieres decir [*con los ojos muy abiertos*] que hay más?
—Depende de la geografía. La europea, por ejemplo, le deja a la historia muy pocas opciones. Cuanto más grande es el país, Cecilia, menos son las opciones. Un país grande, en general, sólo tiene dos. O se vuelve grande y poderoso y le retuerce el cuello a todos como un trapo de cocina. O viceversa. Por ejemplo, la Deutschland, o la Russland: En un instante son grandes y al siguiente se fragmentan. Medio siglo de este modo, medio siglo de aquel otro. Estoy redondeando, claro, con intención didáctica. ¿Más o menos como Petrovich? A ratos persigue, a ratos lo persiguen.
—Sí, más o menos. Por eso es del ministerio del Interior.
—Mm, sí. Los eslavos ya no están para Exteriores.
—Nosotros tampoco.
—Sí, hoy día Deutschland lleva la batuta...
—¿Por eso Gustav todavía es el ministerio de Finanzas?
—Exactamente. Ahora nuestros asuntos sólo son internos o financieros.
—Además de la cultura.
—Por supuesto. En los países pequeños la cultura es el superávit principal, aunque tengan más opciones.
—Bueno, ¿quién hace las cuentas?
—Cierto. Pero de todos modos: la oligarquía, la teocracia, la partocracia, la burocracia, la anarquía, la ocupación, la utopía; por lo menos siete.
—Claro, pero por eso tenemos a Basil Modestovich... Aunque el platillo principal se esté demorando...
—¿Cuáles siete? Tres a lo sumo. Después de todo, estamos entre dos grandes potencias, lo que simplifica la elección.
—Sí, la esfera de influencia.
—Cierto, si no son grandes al mismo tiempo.
—Y si es al mismo tiempo, todavía es más sencillo.
—Simplemente todo se reparte.
—Mm, sí...
—Qué tiempos aquellos.
—Te entiendo...
—Al que habla del pasado...
[*Entra Matilda con un abrigo de piel de leopardo sobre su cuerpo desnudo. Empuja un carrito de servicio coronado por una bandeja de comida humeante.*]
—¡El platillo principal!
—¡Vaya!
—¿Valentino?
—Cardin.
—¿Pero el pañuelo?
—Hermés.
—¡Comida caliente!
—¿Qué tenemos hoy, Matilda? Pato pequinés, camarones sechuán, lechón hunán y bolas de masa.
—Otra vez china.
—No seas quisquilloso, Petrovich.
—Sí, es muy condimentada.
—Lo primero es la variedad.
—Lo primero, lo segundo, lo tercero.
—Pero no soy quisquilloso. Es que realmente es un fastidio comer con palillos.
—¿Qué tienen de malo? Solían ser tu fuerte.
—¡Guuuustav!
—De todos modos, qué variedad.
—Pensándolo bien, es una versión gastronómica de la democracia.
—Por eso no se dan mucha prisa en implantar la democracia política.
—Nosotros tampoco, aunque nos gusta la versión dietética.
—Exacto. Sólo imagínense un parlamento por allá, con una población de mil millones. Si votas o no, ¿qué importa?
—Claro, imaginen una minoría; que ochenta por ciento están a favor y veinte por ciento en contra: de todos modos son doscientos millones.
—Y todos usan palillos. Si lo multiplicas por dos, resulta que son cuatrocientos millones de palillos sólo para la minoría.
—Oye, Gustav, tal vez podamos venderles la madera para hacer palillos.
—Imposible, Basil Modestovich. Dejaríamos calvo al país en un año. Además, no contaríamos con gente suficiente, aunque mecanizaramos el proceso. Por no hablar de que se hiciera a mano, aun cuando la mano de obra está mejor pagada. En teoría.
—¿Tal vez cerillos entonces?
—Los cerillos son monopolio sueco.
—Y además no todos los chinos fuman.
—Pero debieran hacerlo los que están en las minorías.
—Es cierto; por ejemplo, nosotros. Todo el país hecha humo.
—¿Y qué tal si producimos cerillos y cigarrillos? Lija de este lado del paquete y los cerillos del otro, ya que siempre los estamos buscando. Esto nunca le pasaría a los suecos.
—Magnífico. Pero aquí no crece el tabaco.
—Bueno, entonces, los podemos pegar a los Marlboro. A mano o a máquina.
—¿Qué te parece, Gustav?
—Bien, pero, ¿dónde vamos a conseguir tantos Marlboro?
—Tienes toda la razón.
[*Comen, golosos*]
—Es una lástima perder ese mercado. Aunque sólo nos dirigiéramos a una minoría.
—Sin contar con que apoyaría la democracia.
—Petrovich, quizá debiéramos venderles esposas. Porque están allí, ociosas, oxidándose. [*Petrovich saca unas de su bolsillo.*]
—En primer lugar, son inoxidables. En segundo, ¿cuántas tenemos? Las estamos comprando a razón de una tercera parte de la población. En tanto los chinos, sólo en Shangai, tienen más gente que todos nosotros juntos, incluyendo a los recién nacidos. Y además, venderles esposas es apoyar a la mayoría, es decir, a los tiranos. A Occidente no le gustaría.
—Debiste pensar en eso antes, Petrovich.

—¡Pero las estaba comprando con descuento! ¡Porque somos una nación favorecida!
—De todos modos. Allí es donde se fueron a pique nuestras reservas de oro.
—Y ahora nos remuerde la conciencia.
—Claro. Y ahora queremos llegar a la quincena.
—Bueno, ¿no sería posible venderle las esposas a la mayoría y las llaves a la minoría?
—Eso, Basil Modestovich, es apoyar el *statu quo*. A Occidente no le gustaría.
—Es una lástima perder ese mercado, aunque... Por cierto, el pato está magnífico.
—Y los camarones todavía más.
—Y el cordero.
—También hay países árabes. Allá todos fuman.
—Exacto. Tanto la mayoría como la minoría.
—Y todos tienen Ronson.
—Por cierto, también son inoxidables.
—Ajá. Además, sus ropas son así: no alcanzo a entender dónde ponen sus manos.
—Allí, donde está el Ronson.
—Por no hablar del velo.
—Es para concertar a cada tipa con un hombre, sin tomar en cuenta las características visuales. Y aquí no caben los dramas shakespearianos. De lo malo, lo peor: el impacto de la primera noche. Pero hasta eso es mutuo.
—Petrovich, ¿no te da vergüenza?
—No necesitan esposas pero...
—¡Petrovich! Después de todo, estamos comiendo.
—Bueno, ya basta. Sobre todo tú, Cecilia. Sabes mejor que nadie que no tienen literatura. No tienen ni a Lutero ni a Werther.
—Tienes razón.
—Es una lástima perder ese mercado.
—Tal vez debiéramos venderles nuestro tocino, Gustav.
—Bueno, tal vez sería bueno aumentar nuestras piaras primero.
—Por lo menos al nivel que había antes de la guerra.
—No creo que sea difícil, ¿o sí? Después de todo, no estuvieron en el frente.
—Exacto.
—Además, para eso son los préstamos, ¿no?
—Sin embargo, la Sura 16 del Corán, Basil Modestovich, dice que aquel que come cerdo es un cerdo.
—Y tampoco les gusta el pescado... y menos la anguila.
—Se descompone muy aprisa, ¿no?
—[*Comen, golosos*]
—Y de todos modos los préstamos no son para eso.
—???
—Todo está perfectamente detallado.
—???
—Primero, para cubrir las necesidades del Consejo Estatal.
—Exacto. Eso está muy claro: Somos nosotros.
—En segundo lugar, para la creación de nuevas estructuras democráticas y la implantación de reformas.
—Más o menos lo mismo.
—Luego, para la creación de tecnología moderna.
—Es la misma gata.
—Y por último, la mayor parte, para el desarrollo de los recursos nacionales.
—En eso estaba pensando, Gustav; precisamente.
—Sobre todo los recursos hidráulicos. Se hace hincapié en el agua.
—¡Claro! Debimos reparar el malecón hace mucho tiempo. Me da vergüenza sacar a pasear a mi poodle...
—Cállate, Cecilia. ¿Qué están tramando, Gustav?
—Que el agua es nuestro principal recurso nacional.
—Bueno, tienen razón, ¿o no? Sólo los lagos bastan. Para no mencionar la salida al mar.
—¿Y los ríos? Para no hablar de los pantanos.
—Un vistazo al mapa y ya estás sediento.
—O desde un satélite.
—Como dije: nos observan. Quiero decir, observan la geografía.
—Sólo que sería bueno saber cómo aprovecharlos.
—Eso también está muy claro en el préstamo. Debemos comenzar a producir agua gaseosa para toda Europa.
—Aunque también podría ser para Asia.
—Hay que ver el mapa, el mapamundi.
—Todos esos pequeños capilares azules.
—Como debajo de la falda de Cecilia.
—Petroooovich.
—Ellos calculan que para el año 2000 podremos acaparar el mercado de agua gaseosa.
—Sí, pero todavía va para largo.
—Primero, tendrás que vivir hasta entonces.
—Me queda un año para jubilarme.
—Y además, las elecciones.
—En tanto que los préstamos, ya están aquí.
[*Todos miran a Gustav. Gustav retrocede abrazando contra su pecho un portafolios repleto.*]
—¿Por qué me miran así?
—¿Cómo?
—Así.
—¿Cómo así?
[*El círculo se estrecha cada vez más alrededor de Gustav*].
—Ya saben. No tengas miedo.
—Sí.
—Sí, nadie te va a hacer daño.
—No duele.
—Cecilia, tapa al oso.
—Pero está inanimado.
—Yo creo que deberíamos confirmarlo.
—Oi. Tres contra uno.
—Lo importante es la mayoría.
—Oi.
—Ya dije que no te asustes.
—Oi, oi, oi.
[*Breve trifulca. Petrovich sale con el portafolio de Gustav.*]
—La gente muere por el metal, decía Shaliapin.
—En el *Fausto* de Gounod.
—Sí, la música es francesa.
—El libreto es alemán.
—El cantante, ruso.
—Todo tiempo pasado...
—Ya sabes a qué me refiero...
—¿Eh?
—De todos modos, durante el socialismo, nunca se llegaba a los puños.
—¿Basil Modestovich?

—Me refiero a las sesiones de gabinete.
—La moneda era distinta.
—Y los valores en general.
—Para ser más preciso, no había.
—Por eso nunca se llegaba a los puños.
—Mm, sí. Gounod tiene la palabra...
—Sobre todo con Shaliapin...
—La voz de su amo...
—Todo tiempo pasado fue mejor... 33 rpm...
—Pero aunque fueran 78.
—Ya saben a qué me refiero...
—Claro...
—Todo tiempo pasado...
—¿Cuánto hay, Petrovich?
—Dos millones, según el estado de cuenta.
—¿Qué, dólares?
—No, marcos.
—En billetes distintos.
—Eso quiere decir cinco mil por cabeza.
—¿Cómo que por cabeza? ¿También para Gustav?
—Para Gustav también.
—Pero él no quería compartirlo, Sr. Presidente. Es decir, ¿por qué a él, Basil Modestovich? Opuso resistencia.
—Él es miembro del gabinete, Petrovich, tanto como tú, Cecilia y yo.
—Claro, es sólo parte de la minoría.
—¡Demagogia! La democracia los volvió idiotas, ¿o no? Nuestra parte aumenta a quinientos mil. Es decir, aunque lo dividamos entre tres...
—Nadie puede dividir quinientos entre tres, y menos aún equitativamente. Ni Gustav podría, y tú mucho menos.
—Y no voy a dividirlo. [*Estalla.*] Ni entre cuatro, ni en tres ni a la mitad. ¡Váyanse al diablo! ¡Burgueses reblandecidos! ¡Púdranse! ¡Todo es para mí! ¡Yo lo cogí y es mío! Adiosito. Nos vemos en París. [*Petrovich se dirige a toda prisa a la salida. El oso cruza portando una pistola en la pata.*]
[*Pausa.*]
—No seas insensato, Petrovich. Toma asiento y termina tus bolitas de masa o si no se van a enfriar.
[*Petrovich, abatido por completo, arrastra los pies a la mesa, arroja el portafolio sobre ella y se sienta.*]
—En otras palabras, ese Patizambo te resultó útil.
—Te doy mi palabra, Petrovich, de que me sorprende tanto como a ti.
—Sólo es un oso muy bien entrenado, Basil Modestovich. Los vestigios del folclor. Antaño los gitanos se presentaban con ellos en las ferias rurales.
—Pero está inanimado.
—Es el único consuelo. Aunque deberíamos confirmarlo.
—Es probable que se trate de un robot para múltiples usos. En transmisión continua, además de que defiende los intereses del cliente. La conclusión lógica del principio de la cámara escondida.
—Como ya dije, nos vigilan...
—Pero sólo a la economía, Petrovich.
—Cecilia, pásale a Gustav un poco de agua.
—*Danke*. Ya me siento mejor.
—Entonces adelante y termina los camarones.
—Con cerveza, Gustav. Todavía queda algo de cerveza.
—Tú también, Petrovich. No te hará daño calmarte.
—Pero ya me calmé, Basil Modestovich.
—Por cierto, Petrovich. ¿Qué idioma pensabas hablar en París?
—Bueno, pues éste. Hay muchos compatriotas emigrados. La mitad aún trabaja para mí.
—¿Y dónde pensabas guardar el dinero?
—Pues en el banco, supongo.
—¿En cuál?
—Vaya, ¿qué importa? ¿Por qué me torturas en vano, Basil Modestovich?
—Pero, ¿tienes idea de cuántos impuestos pagan allá? ¿Sabes que con esos impuestos te despojarían en un instante —sobre todo si no tienes la ciudadanía—, peor de lo que quisiste hacer con nosotros hace un momento?
—¿Por qué me atormentan?
—Porque es mejor invertir el dinero poco a poco en diversas empresas que guardarlo todo en el banco, Petrovich. Ya deberías saberlo a estas alturas, ya que tu jubilación no tardará mucho. Es mejor comprar un terreno o una casa. Bienes raíces, en resumen. Y es mejor hacerlo desde aquí que en aquel sitio, por las mismas razones fiscales.
—Oh, Basil Modestovich. ¿Por qué me hablas así?
—Ah, Petrovich. Todos aquí somos temporales, Gustav y tú, Cecilia y yo. Y no se debe a la democracia y las elecciones: eso podemos sortearlo. Es que sencillamente los tiempos ya no son iguales. Para el año 2000 ya no estaremos por aquí y no llegaremos a ver, aunque ocurriera el monopolio del agua gaseosa. En el peor de los casos, nos expulsarán, como ya sabes quién en 1917; en el mejor, emitirán una estampilla, ya que implantamos la democracia. Así que no debes arrebatarlo todo para ti. Se debe pensar también en los demás. Sin mencionar que por otro lado es más fácil dividir entre cuatro que entre tres.
—Qué amable eres, Basil Modestovich...
—Petrovich, no seas sentimental.
—Sí, Petrovich, ve por la cerveza.
[*Matilda entra, con ropa interior moteada como piel de leopardo, empujando una mesa de servicio en la que hay una gran caja de cartón, sobre la cual está la bandeja con los postres. El oso le apunta a Matilda.*]
—El postre, damas y caballeros. Y esto es para usted, Sr. Presidente, desde Londres. Y además, Sr. Presidente, hay una gran manifestación en la ciudad. Se dirige al palacio. *Bon appétit*, messieurs, dames.
—¿Hermés?
—Givenchy. [*Sale.*]
—Como dijo el poeta, ¿qué es un monstruo sin una manifestación?
—Hoy día también han de vagar por ahí a deshoras.
—No puede ser nada grave. Sobre todo porque los corresponsales extranjeros cenan esta noche.
—A diferencia de los nativos.
—Tal vez por los precios.
—Lo dudo. ¿Quién puede sorprenderse hoy día de los precios?
—Quizás el drenaje reventó de nuevo.
—Sí, anoche la temperatura bajó bastante.
—No, me parece que es por mi nuevo decreto que prohíbe mendigar.
—¿Tal vez debamos hablarle a la policía?

—Sin duda, Petrovich. ¿Por qué no llamas a tus muchachos y averiguas qué ocurre?
—Bien, pero resérvenme una rebanada de la tarta de chocolate.
[*Petrovich camina al escritorio del jefe de Estado, levanta el auricular y marca. Mientras tanto, el oso voltea a la ventana y mira hacia fuera.*]
—Gustav, divide el pastel entre cuatro.
—Con gusto.
—No es como el portafolio, ¿o sí?
—No es con el mismo cuchillo.
—Ja, ja, ja.
—No puedo, Sr. Presidente. Es propiedad de la nación.
—¡Gustav, qué encanto! ¡De la nación!
—Allí está tu nación; se dirige al palacio. Supongo que para prendernos.
—Quizás él mismo instigó esto...
—No podemos descartarlo...
—¡¡Cómo puedes pensar eso, Basil Modestovich!!
—¿Qué pasa, Petrovich?
—La estación de policía está ocupada.
—¿Qué? ¿Ya ocuparon la policía?
—No, sólo el teléfono.
—¡¿El teléfono y el telégrafo?!
—Tranquila, Cecilia. La línea está ocupada nada más. Tonos cortos.
—Ah.
—Come pastel, entonces. Está excelente.
—Gustav rebanó una porción para ti.
—Debería tratar de comunicarme primero.
— Oh, no te preocupes. El osito está muy atento de todas formas.
—El pastel es desde luego el pastel. ¿Pero qué hay de esto? [*Señala con la cabeza el portafolio.*]
—Sobre todo si un tumulto se dirige hacia el palacio.
—Gustav dice que de ningún modo. Es propiedad nacional.
—¿Queeeé? Otra vez con tus mañas, perra.
—¡Pero son dos millones!
—¿Y dónde está lo demás?
—Diez por ciento del préstamo, Sr. Presidente, está en efectivo contante y sonante. Para acelerar la compra de vidrio de Suecia.
—¿Qué vidrio?
—¿Qué Suecia?
—¡Está completamente loco!
—El vidrio para la fábrica de agua gaseosa. Botellas, para que me entiendas.
—¡Pero sería mejor si recicláramos las nuestras!
—Exacto. Tal como están las cosas, mi mayordomo vio pasar a tres niños en la preparatoria con mis botellas. Educación superior.
—Y yo, por ejemplo, las recojo. Las etiquetas son bonitas; Martell...
—Ciertamente, Gustav. Vamos a promover una campaña para recolectarlas; en toda la nación.
—Si algo le sobra a este país, son botellas.
—Suecia no se nos compara...
—¡Pero si ellos no están comparando botellas!
—Guuuustav, ya deja de hacerte el tonto.
—Sí, se acercan al palacio.
—Ya no hay tiempo.
—Dame el portafolio.
—Cecilia, tapa al oso.
—Pero de todos modos está viendo hacia el otro lado.
—Con más razón.
—¡No puedo! ¡Protesto!
—Toma 500 mil y cállate.
—Y esto es para mí.
—Esto es para mí.
—Esto, Basil Modestovich, es tuyo. Gracias.
[*Pausa.*]
—Esta es una violación...
—Qué fastidio.
—Yo tenía razón. No deberíamos darle su parte.
—Sin embargo, a pesar de lo que opina, Petrovich, ya no es un jovencito.
—Ah, claro. Caridad cristiana...
—No, es cuestión de principios.
—Claro, después de todo: Democracia.
—Así nunca nos integraremos al Mercado Común.
—Oh, ya deja de gimotear.
—Se dirigen al palacio.
—De veras, Petrovich, ¿qué pasa allá? Llámalos.
—Sí. [*Petrovich se dirige al teléfono y marca. Mientras tanto el oso desvía la mirada de la ventana.*] ¿Sí? ¿Qué? ¿Cuántos miles? ¿Veinte o treinta? ¿Dice que jóvenes? ¿Vestidos de cuero? ¿Qué? ¿Alterados? ¿Drogados? ¿Pancartas y consignas? Ajá. No, no entiendo, repítalo. No, sigo sin entender. Deletréelo. ¿Qué quiere decir con "extranjero"? ¿Quiere decir "gow chowme"? Deletréelo. ¿"Jota", "ve", "ye", "eme", "ii", "te", "o", "ele"? Ajá. Ya lo tengo. No, no lo entiendo. Abracadabra. ¿"Jie vy. Mi. Tol."? ¿Eso es lo que dice? ¿Cecilia? ¿"Jievymitol"? Parece medicina. ¿Qué idioma es ese?
—Ciertamente no es alemán.
—Y tampoco es cirílico.
—Entonces no hay nada de qué preocuparse...
—Es inglés, ¿no?
—¡Matilda! [*El oso mira hacia arriba. Entra Matilda. Lleva sólo medias con manchas de leopardo.*]
—Bueno, Matilda, mire lo que Petrovich acaba de escribir.
—Las exigencias de los manifestantes.
—Más exactamente, una consigna.
—Suponemos que es "acabemos con", ¿pero en qué idioma?
—Un momento, un momento.
—Rápido.
—Sí, se acercan a palacio.
—*Jievymitol*. ¡Ah! Esto es en inglés. Heavy Metal.
—¿Qué significa?
—*Heavy Metal* significa Heavy Metal. Es música rock. [*Matilda mueve los labios cuando lo pronuncia.*]
—¿Valentino?
—Valentino. [*Sale Matilda.*]
—Ah, hay un concierto en el estadio hoy en la noche.
—Claro. Intercambio cultural.
—Y tú, Cecilia, estabas nerviosa.
—Pero es una multitud...
—Una multitud, como ya te lo he dicho, Cecilia, siempre tiene una forma. Sea la de una calle, la de una plaza o la de un estadio. Para eso está. Para volverse una opción.

—Pensé en una plaza.
—Cuando es una plaza es una manifestación.
—O un mitin.
—O una revolución.
—La revolución es cuando toman el palacio.
—Toman el palacio si no hay un estadio.
—Sin embargo, nosotros contamos con uno.
—Exacto. Aquí junto a los terrenos del palacio. Es muy práctico.
—Para ti ya no es 1917.
—Por no hablar de que es el fin de la historia.
—Si en algo hemos progresado ha sido en la urbanización.
—Claro, y no está nada mal.
—Tal vez, entonces, debamos regresar el dinero.
—Guuuustav.
—¿Pero no se dirigen al estadio?
—¿Y qué?
—Para escuchar a Heavy Metal.
—¿Y?
—Es decir, que no tomarán el palacio.
—¿Y entonces?
—Significa que no...
—Significa, Gustav, que no les importa el agua gaseosa. Ni tampoco el préstamo. Ni tampoco el diez por ciento. En cambio a nosotros sí.
—En todo caso nos importa el diez por ciento.
—Claro, nosotros no nos dirigimos al estadio.
—O a las barricadas. Algunos van a las barricadas, otros al bar.
—Ajá.
—Ni siquiera Cecilia, aunque es la ministra de Cultura.
—No es una pollita, Gustav.
—Por no hablar de la música.
—Ni del jazz.
—Sí, no es Armstrong.
—Ni Brubeck ni Dizzy Gillespie.
—Ni siquiera Oscar Peterson...
—¿Por qué deberíamos darles el dinero?
—Pero es propiedad nacional...
—Pero si sólo es una turba.
—Sólo entienden bum-bum.
—Decibeles.
—Dales Heavy Metal.
—En cambio estos son billetes.
—¡Salvajes!
—Por no decir, que están listos para derrocar...
—Así nunca seremos parte del Mercado Común.
—Vaya, ya no seas fastidioso...
—¿Y qué tiene de bueno de todos modos?
—En cierto sentido sí seremos miembros.
—Al devolverles lo que es suyo.
—Sí, cuando adquiramos sus bienes raíces.
—Bueno, algunos ya lo hicieron.
—¡Gustav, cómo te atreves!
—¿Y quién tiene la casa en Biarritz y la granja en Provenza?
—¡Calumnias!
—¡Calumnias! Recortes de periódico. [*Agita un montón.*]
—¡Periodismo amarillista!
—Sí. Antes era rojo pero se volvió amarillo.
—Claro. El tiempo pasa.
—¿*Figaro* y *Le Monde*?
—Ah, aunque fuera *The New York Times*.
—Señores ministros. Sobre todo tú, Gustav.
—¿Y quién se atraganta con ostiones y bocadillos chinos? ¿Pasándoselos con Chateau Lafite o Borgoña?
—Así, Gustav, come el proletariado en Occidente.
—En este sentido, ciertamente, estamos integrados.
—Con los franceses, por lo menos.
—¡Pero esto es corrupción! ¡Hurto! Robo de las propiedades nacionales. [*Amenazante.*] A la nación puede no gustarle. A Occidente tampoco.
—¿Qué insinúa esta chinche teutónica? ¡Basil Modestovich! ¡Deberíamos apresarlo! [*Muestra las esposas.*]
—Señores ministros. Tranquilícense. Sobre todo tú, Petrovich. Nadie debe ser apresado. De otro modo: Crisis de gabinete. La próxima vez, Gustav, pediremos salchichas y cerveza de Dortmund. ¿Está bien? En el peor de los casos compraremos un Mercedes. Aunque los caminos, claro, están más o menos.
—Señores ministros, Gustav difiere de nosotros en lo gastronómico, sobre todo. Además —lo que es natural dado su origen— de la francofobia. Le dan naúseas cada vez que los marcos se vuelven francos, como el ajo, por no hablar de los dólares. El alma protestante; se puede rastrear hasta Lutero. Es avaro y prefiere lo insípido.
—Por eso es ministro de Finanzas.
—Sólo representa al Bundesbank.
—Pero dice "intereses nacionales".
—Hoy día, es lo mismo.
—Por lo tanto, Gustav, deberías comprar tu casita, digamos, en Bavaria y no en Provenza. Aunque no muy grande, digamos, dos pisos, pero con una huerta y todo lo demás. Hortensias y rosales: en el verano las abejas zumban, los Alpes se asoman azules a lo lejos...
—Blancos.
—Bueno, como quieras: blancos. Incluso puedes llamarla Bethesgaden...
—Aunque sería mejor en Thüringen...
—Tal vez tengas razón. El clima es más templado y el paisaje más suave. Porque ya saben que a nuestra edad todo es cuesta arriba...
—¡Pero allá todos tienen un Mercedes!
—Eso por supuesto es cierto. Pero con franqueza, en lo personal yo compraría en Schleswig-Holstein. En primer lugar por el mar; luego, por la arquitectura hanseática. Los teatros en Hamburgo son bastante buenos también, sin hablar de la bahía. Las calles también son amplias para ejercitarse...
—Y en la mañana se puede sintonizar en la radio a Dietrich Fischer-Diskau...
—Sí, pero Hamburgo es bastante caro. En todo caso es mejor en Lübeck. Además, allí solía vivir Thomas Mann.
—Cierto, allí escribió *Los Buddenbrook*.
—Bravo, Cecilia.
—Aunque prefiero *Dr. Faustus*.
—Y yo, ya saben, *La montaña mágica*.
—Bueno, de todas formas yo prefiero *Los Buddenbrook*. *José y sus hermanos*, también... Mm, sí. *Buddenbrook*...
—Mm, sí...
—Ven lo que digo...
—Ech..
—Bueno, algún día nos depondrán, digamos, o nos derrotarán

en las elecciones y nos desperdigaremos por todo el mundo. Habremos de escribir cartas... ¿No sería un gusto recibir una linda notita de Gustav desde Lübeck? ¿Eh, Cecilia? ¿O desde Thüringen?

—Ah, pero claro, como en los viejos tiempos. Quiero decir en el siglo XIX, antes de todo esto. ¿No sería lindo, Petrovich?

—Por supuesto. Incluso desde Bavaria.

—No. Preferiría escribir desde Lübeck...[*Pausa.*] Pero si no nos deponen... Si, para decirlo abiertamente, nos reeligen... después de todo, implantamos la democracia. Petrovich, por ejemplo, ha dejado que algunas personas se escabullan. Y Cecilia, también, ha permitido el Heavy Metal.

—Y en cierto modo, nos hemos integrado al Mercado.

—Después de todo, alguien debería decir "10"...

—Sí, ¿y qué te molesta, Gustav?

—Que tal vez envíen a un auditor. Que vengan a revisar. Sin contar con que pueden meter a las tropas...

—Pero, ¿para qué, Gustav? Llevar a un país al endeudamiento es un modo mucho más seguro de ocuparlo que una invasión.

—Sí, no son como los eslavos.

—No son retrógrados.

—La tecnología avanzada.

—Sobre todo, es el fin de la historia.

—Se hartó de repetirse y se acabó.

—Y, respecto al auditor, le presentaremos a Matilda.

—Exacto. Un par de boletos en la taquilla para *El lago de los cisnes*.

—Los recursos hidráulicos, después de todo.

—Sí, para familiarizarlo.

—Matilda lo va a familiarizar ¿no?...

—De ningún modo. Si hay alguien que va a llevarlo a *El lago de los cisnes*, voy a ser yo.

—Bueno, si insistes.

—Es ministra de Cultura, después de todo.

—Ese será el canto del cisne para Cecilia.

—Ja, ja, ja. [*Pausa.*]

—Además, si hay reelección no hay Lübeck.

—Ni Biarritz ni Provenza.

—Quizás nos reelijan.

—Cierto, pensándolo bien, este empleo es nuestro por que lo ejercemos.

—La *nomenklatura*, después de todo..

—Mm, sí. Ni París, tampoco.

—Bueno, para esta contingencia, señores ministros, contamos con una solución. [*Toca la caja de cartón.*] Y, del mismo modo, el país también.

—¿Qué se te ha ocurrido, Basil Modestovich?

—Esto.

—¿Qué, esto?

—¿Qué hay en la caja?

—¿Y qué es eso?

—Contiene...

—Un momento, un momento, Basil Modestovich. No lo digas. Ya lo sé. Les diré en un instante. Contiene... ¡Una sandía!

—¡Un telescopio!

—¡Una reproductora de video!

—Palos de ciego, señora y señores. ¡Un centro neurálgico! Contiene el futuro de todo el país, y de nosotros en particular. En resumen, una computadora.

—¿Qué quieres decir con nosotros?

—¿Quieres decir para trabajar con ella?

—¿En el teclado?

—Para eso tenemos a Matilda.

—Sí, no soy ningún Horowitz.

—Y yo tengo artritis. Mis coyunturas crujen, Sr. Presidente. ¿Quiere oírlas?

—Las mías también crujen. [*Pausa de treinta segundos: todos hacen crujir sus coyunturas.*] Pero no necesitan trabajar con ella. Lo hace todo.

—¿Cómo?

—De la toma de corriente. Conéctala a la toma y queda por su cuenta, porque las han programado.

—¿Quién?

—¿Quieres decir que le lavaron el cerebro?

—¿Para qué?

—No lo recuerdo. En Harvard o en Oxford. Allá tienen la "Serie para pequeñas naciones" llamada "sofver" completa. Incluye programas económicos, de política estructural, de defensa, ecológicos, para las minorías y otros más. Son como ruedas de plástico. Discos, en nuestro idioma. Pones el disco y lo toca. Te sientas en casa o, digamos, en Lübeck y a gozar.

—¿Pero cómo?

—¿A 33 o a 78?

—Oh, la radio. O, si lo prefieres, enciende el televisor. Ese Patizambo está husmeando por aquí todo el tiempo...

—Pero ¿y si se va la electricidad?

—Entonces funciona con baterías, automáticamente.

—¿Y luego?

—¡Y luego y luego y luego! El disco toca y la nación prospera.

—Pero, Basil Modestovich, ¿qué pasa con la cultura?

—También la cultura tiene un disco. *El lago de los cisnes*, por ejemplo, es todos los martes. Tal vez más a menudo. En general refleja la vida fielmente...

—¿Es decir, realismo?

—Sí, realismo, naturalismo y hasta un poco de impresionismo.

—¿Pero no cubismo?

—El cubismo no. Aunque a veces un poco de taquismo.

—¿Abstraccionismo en general?

—Sí, futurismo.

—Es un milagro.

—¿Y dónde la encontraste, Basil Modestovich?

—Por un anuncio en el periódico. De hecho, me llegó por correo.

—¿Pero qué nos garantiza, Sr. Presidente, que esa cosa nos servirá?

—Ah, porque elegí "Países pequeños", Gustav. No recibí "Grandes potencias", lo ves. También cuentan con esos. Y "Tercer mundo" por igual. Incluso "Sociedades primitivas": para toda clase de pigmeos y papúes. También ofrecen "Nómadas". En tanto yo elegí "Países pequeños".

—¿Es decir?

—¡Es decir! ¡Es decir! Es decir que con nuestra población, con nuestra ubicación geográfica aproximada: no hablé de las montañas o, peor aún, de los desiertos. La geografía, lo sabes bien Gustav, lo determina todo. Ya que no existe nación sin geografía.

—Aunque lo opuesto es posible.

—Claro, un desierto, por ejemplo. O Kunlun. O el Atlántico.
—Un desierto puede ser tanto vertical como horizontal.
—Bueno, nada tenemos que se le parezca.
—Pero, por otro lado, tenemos historia.
—Claro, no hay pueblo sin historia.
—Y no hay historia sin pueblo, tampoco.
—Oh, vamos. ¿Qué me dices de los romanos?
—¿Y los griegos? ¿Y la Edad Media?
—Para no decir nada del Renacimiento. Para no hablar de la Ilustración.
—¡Pero nadie tiene una historia como la nuestra!
—Aunque hubiera llegado a su fin.
—Sobre todo por eso.
—Cierto, nadie tiene una historia como la nuestra, nadie.
—Pero entonces, el registro no comienza en el siglo XIX. Tampoco en 1917. Ni en 1945. De otro modo la nación bailaría al compás del charleston y el boogie-woogie.
—Y el foxtrot y el tango y el matchish y el cakewalk y el twist-and-shake y el...
—Sería un anacronismo, Cecilia. Aunque fuera lambada.
—Entonces ¿cuándo comienza a trabajar?
—Cuando la conectas y la enciendes. Digamos que nos reeligen mañana: la encendemos mañana. O en uno o dos años.
—¿Y qué ocurre luego?
—Oh, nada en particular, Petrovich. Bueno, primero supongo que nuestros precios se igualan con los del Mercado. Por ejemplo, ellos venden la salchicha a dos dólares la libra, y nosotros, también. Ellos venden pantalones a treinta morlacos el par, y así los venderemos nosotros.
—Marcos, Sr. Presidente.
—Sí, Gustav, lo siento. Marcos.
—O écus.
—Aunque fueran yenes.
—¿Pero cómo los cambiamos? ¿Artificialmente?
—Automáticamente, Petrovich.
—Automáticamente.
—¿Y si no los tenemos?
—¿No tenemos qué?
—La marmaja. Esos dólares o marcos o écus.
—Entonces la computadora tramita un préstamo o la casa de moneda los imprime. También de modo automático.
—Un momento, ¿cuánto?
—Eh, eso se calcula solo. Se basa en el tamaño de la población y sus necesidades. Bueno, ¿cuántas salchichas consume un hombre común al año? ¿O cerveza? ¿O que tan a menudo necesita pantalones o va al cine? Esta caja calcula todo eso y luego toma un préstamo o imprime billetes.
—¿Y luego?
—¡Luego nada! Después el hombre se va a trabajar. Además, ¿por qué el hombre se va a trabajar? Para recibir un pago. Así que allí le dicen qué hacer para recibirlo.
—¿Y cómo diablos lo saben?
—Bueno, la computadora se lo dice. Automáticamente.
—¿Y cómo lo sabe?
—Se lo dice el Mercado Común.
—¿Y cómo lo sabe el Mercado Común?
—¡Había una vez una niña que se llamaba Caperucita! El huevo o la gallina... ¿Qué importa, Petrovich, cómo sabe el Mercado Común que la computadora sabe? ¿Qué es más importante, la causa o el efecto?
—El efecto, por supuesto.
—Exacto, Petrovich. Y por lo tanto la computadora sabe. Qué producir, en qué volúmen, con qué materia prima y dónde venderlo.
—¿Y canta? Confiesa, pues, nos traiciona.
—Bueno, si insistes. Lo importante es que no te quemes las pestañas, sea por el tocino, el agua gaseosa o la industria pesada. Por eso ella decide qué, cuándo, dónde. Automáticamente. Determina los términos.
—Las sentencias, querrás decir.
—Si insistes. Lo principal, es que es automática. Y no tenemos que quemarnos las pestañas. Ni la población ni nosotros.
—¿Y la condena?
—Bueno, si quieres. Aunque los términos varían.
—Claro, también todos los pueblos son diferentes.
—Cierto, hasta el nuestro.
—Quisquilloso. Las aspiraciones siempre están cambiando.
—Ajá. Ahora les das esto, luego aquello.
—Siempre nos presentan toda clase de exigencias.
—Bueno, todo esto ya se ha programado. Todo se ha tomado en cuenta, con un margen de error, por supuesto.
—No obstante, la población misma varía.
—Ajá. El crecimiento, digamos, la mortandad, la inmigración.
—Todo se ha tomado en cuenta, Gustav. La mortandad en especial. Nada es más fácil de tomar en cuenta que la mortandad.
—Cierto, hasta nosotros pudimos calcularla en nuestros tiempos.
—Pensándolo bien, es un regulador de las condiciones de vida.
—En algunos lugares, es simplemente una garantía de que mejoran.
—O de que se estabilizan. En Etiopía, por ejemplo, o en Bangladesh.
—No, allí están mejorando.
—Qué macabro.
—¿Y si algún tipo decide no ir a trabajar?
—Sí, si se niega.
—Decide que la paga es poca y no va.
—O que ha llegado la Edad de Oro.
—No, en serio. ¿Si un sindicato convoca una huelga?
—Es la democracia, después de todo.
—¿Cómo puedo saberlo, señores ministros? Yo no hice el disco. Bueno, ya sea que llamemos a la policía o corrompamos a los cabecillas. Es lo normal, a decir verdad.
—Mm, sí. La tecnología.
—Lo más importante, es que es automático.
—Pero, entonces, las opciones son limitadas, también.
—Piensen, por ejemplo, en la natalidad.
—Por no hablar de la mortandad.
—En las necesidades en general.
—Tanto en las necesidades como en el potencial.
—Es una lástima que nunca hubieran pensado antes en la computadora.
—Claro, sí lo pensaron. El Estado, por ejemplo. En esencia sólo es la versión de una computadora, ¿o no? Sólo que incómoda. No la puedes conectar y luego irte a Lübeck. El gobierno, por decir lo menos. Los sistemas políticosde todo tipo, para no hablar de los partidos.

—¿Y la democracia?
—Y la democracia también. Sólo que ocupa más espacio. Y no es automática. Hay un individualismo sin fin. Todo está hecho a mano.
—Falso, falso. No todo en realidad. Los impuestos, por ejemplo, son automáticos.
—Pero son los impuestos.
—Y las elecciones. También son automáticas.
—Automáticas, no. Periódicas.
—¿Quieres decir rítmicas?
—Rítmicas y estadísticas.
—Prácticamente aritméticas.
—Mm, sí. Y sin embargo, si derrocan... es igual... si las masas...
—En primer lugar, hay un estadio para eso...
—Bueno, no las masas, entonces. Si el ejército se rebela...
—¿Y por qué habría de rebelarse?
—Sobre todo con tres comidas diarias.
—A diferencia de otros.
—En lo que a mí respecta, esos bastardos deberían estar agradecidos.
—Ciertamente.
—De todas formas. Si de todos modos hay un complot, un *putsch*, un golpe a palacio. Y como resultado, nos derrocan...
—Oh, Gustav, Gustav. "Derrocar" sólo atañe a los individuos. En el peor de los casos a la camarilla en el poder, al zar, al tirano, al politburó, a la junta, lo que quieras. Todo el atractivo de la computadora radica, Gustav, en que no es una persona sino una máquina. No la puedes mandar al paredón, bueno, es un decir, ni tampoco la puedes colgar de una farola, literalmente... Ni siquiera puedes escupirle al rostro. Si es un mal, es un mal inanimado. Lo mismo que si es un bien. Y es más fácil tolerar un mal inanimado, Gustav. ¿Quién lo sabe mejor que nosotros? [*Le echa un vistazo al oso automáticamente, pero se da cuenta de su error.*]
—¿Quieres decir, Basil Modestovich, que esto durará otros setenta, [*comienza a contar con los dedos*] otros setenta y cuatro años más?
—Bueno, en este caso, Cecilia, es lo mínimo. Lo que te puedo asegurar es que no la puedes derrocar, por más que lo quieras.
—Es decir, es como una nueva *nomenklatura*.
—Más o menos.
—Y nosotros, entonces, somos algo así como vejestorios.
—Casi.
—Pero entonces la podemos destruir.
—En teoría.
—Mientras que a nosotros no se puede.
—Prácticamente. Y en teoría somos fuertes, también.
—Y después de todo, ¿quién querría destruirla, Petrovich?
—Oh, no te preocupes. Para empezar, deja desempleado a todo el gobierno. A todo el conjunto del Estado. No todos se pueden ir a Lübeck, ¿o sí? Primero se levantarían en armas... Así que ya sabes quién.
—Los nuevos luditas.
—Entonces tal vez debamos ponerle un explosivo, ¿eh, Basil Modestovich?
—Eso no detendrá a los luditas.
—¿Y si no es sólo una mina sino un dispositivo nuclear?
—Ya pensé en eso, Petrovich. Pero eso significa violar la Convención de Ginebra que limita la proliferación.
—¡Pero qué clase de proliferación es esa! Los hermanos eslavos dejaron muchos en nuestros pantanos.
—¡Já! ¡Algo podremos sacar de esto! Después de todo, podría ser una solución. En todo caso, un argumento. Los otros no lo tienen.
—Por eso no les importan las computadoras.
—Claro, tienen miedo de violar la convención.
—Sobre todo las superpotencias.
—Seguro. Allí hay un gigantesco aparato estatal.
—Con ellos, ningún explosivo sirve.
—Despedazarían a la pobre computadora al instante.
—El desempleo es algo terrible.
—Los luditas.
—Sí, por anticipado. Incluso antes de que se adopte la nueva tecnología...
—Y por eso, supongo, idearon la Convención de Ginebra en primer lugar.
—Para que fuera más sencillo destruir esta pobre cosa.
—Aunque no tiene la culpa de nada.
[*Pausa.*]
—Después de todo, tal vez destruirla no sea necesario...
—Simplemente no la conectamos.
[*Pausa.*]
—La palabra es luditas.
[*Pausa.*]
—Vamos a ponerle una bomba, Basil Modestovich, ¿no?
—Me temo que no hay otra solución. Señores ministros, ¿quién vota a favor? [*Petrovich y Cecilia levantan la mano.*]
—¿En verdad no hay otra solución?
—Gustav, memento Lübeck.
[*Gustav levanta la mano.*]
—¡Matildaaaa! Y, tú, Gustav, distrae al oso.
—Si puedes, por supuesto.
—¡Petroooovich!
[*Cecilia se pone de pie y se acerca al oso. Sigue una pantomima de seducción. Con paso animado, moviéndose con gracia animal, Matilda entra completamente desnuda pero con una cola de leopardo.*]
—Sr. Presidente, ¿me llamaba?
—Sí, para dictarle un memorandum. ¿Lista?
—Sí, lo estoy.
—Bueno, tome nota: Al ministro de las Fuerzas Armadas: ULTRA SECRETO. Por medio de la presente le ordeno a usted que entregue a palacio una bomba atómica con capacidad de 20 megatones. Se prefiere un modelo portátil. Lapso para ejecutar la orden: 24 horas. En nombre del Consejo de Estado, el Presidente. ¿Lo apuntó?
—Ajá.
—¿No sería mejor usar una de neutrones, Basil Modestovich?
—Tal vez tengas razón, Petrovich. Matilda.
—Sí, señor.
—Borre "atómica" y agregue "de neutrones".
—Listo.
—¿Y por qué? ¿una bomba de neutrones es mejor que una atómica, Basil Modestovich?
—Explícaselo, Petrovich.
—Bueno, mira, Gustav, con una bomba atómica o una H, se acaba todo. Mientras que con una de neutrones, nada más

se acabó para nosotros, pero las botellas todavía estarán allí.
—Prosiga, Matilda. Transcriba esto, codifíquelo, y envíelo... Por cierto, Matilda, ¿qué clase de disfraz es ese? [*El oso aparta a Cecilia y se aproxima a Matilda hasta estar muy cerca detrás de ella.*]
—Esto no es una mascarada, Sr. Presidente. Decidí unirme a los depredadores.
—¿Queeeé?
—Dios santo. Está chiflada.
—¡Qué muchachita!
—Los depredadores. La familia *Felinae*. Los leopardos, para ser precisa.
—¿Y puedo saber por qué?
—En primer lugar, Sr. Presidente, porque es el fin de la historia.
—¿Y?
—Cuando termina la historia, comienza la zoología. Ya contamos con la democracia, pero todavía soy joven. Por eso, mi futuro es la naturaleza. O más precisamente, la selva. En la selva, sobrevive el más fuerte o el que cuenta con mejor mimetismo. El leopardo es la perfecta unión de lo primero con lo segundo. Además, soy una hembra. El periodo de gestación es de noventa días. La camada: hasta de cinco cachorros. Esto, como podrá ver, es mucho mejor que mis características originales. Ya puedo nadar y subir por los árboles. El largo de la cola alcanza noventa centímetros, incluso una artificial.
—¿Y cómo crees que vas a convertirla en una natural?
—El primer paso es la identificación interna. El estudio profundo del personaje. La elección de la dieta: carne cruda...
—¿Quieres decir carne tártara?
—Sí, considerando la ubicación geográfica. Luego la meditación. También, las excursiones en el territorio. Ejercicios de orientación sin brújula y refinamiento del sentido del olfato. Además carreras de fondo sobre diversos terrenos. Si es con camuflaje, entonces es mejor que sea Dior o Givenchy, pero es mejor sin él, ya que la disponibilidad es irregular.
—¡Ah, pero esto es puro Stanislavski! ¡El Método!
—Claro, el hombre despojado en la tierra desnuda.
—De hecho, la moza desnuda en la desnuda...
—Petrooovich.
—Sí, como antaño con los partisanos...
—Aunque sin el pathos patriótico.
—Ech...
—Todo tiempo pasado fue mejor...
—Ya saben lo que quiero decir...
—En otras palabras, ¿una especie de Mowgli, pero al revés?
—Exactamente, Sr. Presidente. Con absoluta franqueza, sólo veo animales en el mañana. La combinación de apariencia humana con costumbres bestiales no me satisface; ni tampoco, entrados en materia, la situación contraria. Estoy a favor de la pureza de la teoría evolucionista, por no hablar de la práctica. El futuro para mí es la libertad absoluta, y para mí el leopardo es mi utopía. Además, están extendidos en China, India, Asia Central, y el norte de África. Los encontramos en la pintura y la escultura, además de la heráldica. Y en la antigüedad, Pompeyo y César Augusto lo introdujeron en Roma. Por eso estoy estudiando latín en la actualidad.
—Loable, loable. ¿Pero qué le va a pasar a tu francés, inglés y alemán? Sin mencionar las lenguas eslavas. O las locales... Usted tiene títulos, después de todo. Y en musicología también.
—Para eso, Sr. Presidente, está el subconsciente. En pocas palabras, la memoria. En los humanos, está en el occipucio, o, con más precisión, en el hipotálamo, que no es otra cosa que una cola reducida. En los leopardos, como ya le dije, alcanza los 90 centímetros.
—Excelente.
—¿Y cuándo cree usted que se volverá salvaje finalmente? Es decir, ¿cuándo nos lo notificará?
—Tomando en cuenta el ritmo del entrenamiento, Sr. Presidente, en las próximas elecciones.
—¿Aunque me vayan a reelegir?
—Me temo que sí.
—Bien, gracias por advertírmelo. Adelante, escriba.
—Sí, señor. [*Al oso.*] No me jodas, bastardo. [*Gruñe.*] ¡RRRR! [*El oso, aterrado, se escabulle. Sale Matilda, animadamente.*]
—Mm, sí. La brecha generacional.
—Nosotros habremos de marchitarnos, y ellos de florecer.
—Está fuera de sus cabales, supongo.
—No, es más probable que sea la presión.
—Es sólo un indicador de la brutalidad universal. A todo lo largo y lo ancho...
—No, Gustav, vas demasiado lejos.
—¿De veras? ¿Y quienes se atropellan hasta el estadio?
—Pero esa es una turba. Una manifestación.
—Para ti una turba es una manifestación. En nuestro idioma es un rebaño.
—Bueno, vista más de cerca...
—Precisamente: rinocerontes, cameros, ganado.
—¡Cabras!
—Y todas ellas se dirigen a algún sitio. Interfieren con el tránsito. No puedo sacar a mi poodle...
—¿El tránsito? ¿Y qué es el tránsito? Especialmente desde lejos...
—Ciertamente son cuadrúpedos...
—Parecen dinosaurios...
—Como bestias, en verdad...
—Lo notable es que todavía tengan desacuerdos.
—La cabra no cree que el carnero sea un animal.
—Una especie de nacionalismo, ¿o no?
—Racismo, para ser más precisos.
—Chovinismo en todo caso.
—Déjalos en libertad y se degollarán entre ellos.
—Ella sí que puede arreglárselas con el Osito.
—Ajá. Funciona. En especial porque es inanimado.
—Para ti, Cecilia, está inanimado. Pero para Matilda...
—¡Petroovich!
—Vaya, ¿Petrovich? ¡Mira eso: una erección!
—Pero eso es la cámara, Petrovich.
—Entonces es permanente.
—¡No es gran cosa, permanente! Son pastillas... gran cosa.
—¿Gran cosa? ¿Una transmisión ininterrumpida? ¿Y a veces tomas de frente y de perfil? Paneo, paneo. Toma de frente. Paneo, paneo. Toma de perfil. Diafragma...
—Parece que ya se te olvidó cómo se hace, Cecilia...
—¡Petrovich, cómo te atreves!
—Es cierto, Petrovich.

—Ah. [*Gesto desdeñoso.*] Ahora están sentados allí, supongo, allá en Occidente, mirando la pantalla y sonriendo. Y en la pantalla, nosotros.
—Mm, sí. Esto no lo van a entender.
—Esto, Gustav, nadie puede entenderlo. [*Pausa.*]
—Por otro lado, lo ven con más claridad.
—Pero con interrupciones comerciales.
—Y ella dijo "permanente".
—Permanente, pero sin interrupción.
—Por qué no nos bajamos los pantalones y mostramos una caja de hojuelas de maíz.
—O de salsa de tomate.
—Tal vez sólo los confunda.
—Pues qué mejor.
—¿Y qué tiene de bueno, Petrovich?
—Lo bueno es que si no podemos entender lo que está pasando, ellos tampoco.
—Bueno, por lo pronto es la única oportunidad que tenemos de cambiar nuestros lugares por los de ellos...
[*Con estas palabras, los cuatro —además del oso, que graba toda la escena— se ponen de pie y se acercan al frente del escenario, uno sostiene una caja de hojuelas de maíz, el otro una botella de salsa de tomate, un paquete de Marlboro, y así los demás. Lo que sigue es una pantomima de un comercial, gestos, sonrisas, y todo lo demás, durante unos treinta segundos. Después de eso, miran fijamente al auditorio por un rato.*]
—¿Ves algo?
—No. ¿Y tú, Petrovich?
—Eh... la nieve que cae. ¿O es la interferencia?
—Sólo ellos podrían tener interferencia. Para nosotros, es nieve.
[*Regresan con desgano a sus lugares.*]
—No, ni crean que les podemos vender algo.
—Mm, sí. No con nuestras características físicas.
—Ni siquiera sus propios productos.
—Sin decir nada de lo que producimos aquí.
—Ni tampoco podemos comprar nada.
—Eso tal vez sea un consuelo.
—Sí, no sirvió el reparto.
—De todos modos, una palmadita.
—Todo lo que queda son los préstamos.
—Con intereses monstruosos.
—Como dije, palmadita.
—¿Diez por ciento es monstruoso? ¿Crees, Gustav, que nuestro diez por ciento es monstruoso?
—Pero no hablo de ti, bueno, de nosotros. Sino de la nación.
—Pero les queda a ellos todo el noventa por ciento restante.
—Ese es el asunto. Ya que este mismo noventa por ciento regresa con el veinte por ciento de intereses. La nación nunca podrá pagarlo. Ni en esta generación ni en la siguiente. Aunque comenzáramos a multiplicarnos como microbios. Petrovich tiene razón, una palmadita de veras.
—¿Entonces tal vez no deberíamos dejarles el noventa? Para no agobiar a la nación. Vamos a dejarles el ochenta. Pero hasta eso es tal vez demasiado... vamos a dejarles, digamos, el setenta, para que así las mujeres no tengan que deslomarse, ¿no? Después de todo, podemos hacernos cargo del treinta por ciento, ¿no? Y será más sencillo para la computadora. ¿Qué opinas, Basil Modestovich?
—Mirándolo bien, es un pecado negarle a la nación los placeres de la carne. Especialmente en una democracia.
—Pero no es la democracia la que los niega, sino el Bundesbank.
—Hoy día, es lo mismo.
—Es parte de la ética de trabajo protestante.
—Exacto. No hay siesta.
—Es difícil si eres católico.
—Para un ortodoxo también.
—Para no hablar de los agnósticos.
—Pobre carne.
—Discutamos esto en la sesión de mañana. Se está haciendo un poco tarde.
—Todavía podemos hacernos cargo de un treinta por ciento...
—Ah, siempre he querido tener una piscina. En el fondo se podrían colocar mosaicos, como los antiguos romanos. O mejor aún, una enorme pantalla de televisión. Juegas en el agua y ves las noticias. O las películas.
—Mañana, hablaremos de eso mañana, Cecilia. ¡Matildaaaa!
[*Entra Matilda con ese mismo andar animal, arrastrando tres leopardos de peluche con una correa.*]
—Todavía estamos jugando a la casita, ¿o no?
—Es el estudio del personaje, Sr. Presidente. La imitación del ambiente. Nada puede reemplazar la ósmosis... lo sintético, claro; pero el patrón, me dicen, es auténtico. La pigmentación constituye información codificada y es imposible por completo todo intento de descifrarla. Probablemente es la versión del reino animal de nuestra identificación o pasaporte. Una especie de ur-escritura. [*Se inclina sobre un leopardo.*] Urrr, urrr, urrr.
—Bien, bien. ¿Transcribió usted el memorandum?
—Sí, ya lo hice. Transcrito, codificado, enviado, recibí la respuesta, decodificada, transcrita. Aquí está.
—Ajá. Ajá. Ajá. [*Lee.*] Ajá. Ya veo. El personal del general nos informa que no hay de 20 megatones en el almacén: sin embargo, disponemos de varias unidades de cien megatones. Entre ellas —y cito— dos modelos compactos, del tamaño de un sillón o de una alacena.
—¡La del sillón, Basil Modestovich! ¡La del tamaño de un sillón!
—Como quieras, Cecilia. La del tamaño sillón... Matilda, infórmele al personal del general que aceptamos la unidad del tamaño de un sillón. La entrega dentro de las próximas 24 horas, como antes. Ultra secreto.
—Aunque, ¿no tienen algo más pequeño?
—Dicen que no. ¿Pero qué tiene de malo la del tamaño de un sillón, Gustav?
—Los gastos de transporte, señor. La entrega.
—Pero eso son kopecs, Gustav.
—Cien kopecs se vuelven un rublo. Es decir... eh... ¿dónde estaba?
—Cien pfennigs un marco. Aumentaron los precios de la gasolina.
—Aunque el sillón es gratis.
—Además... no se puede cambiar...
—¿El sillón o el rublo?
—¡Ya dejen de discutir tonterías! Entonces, ¿dónde estaba? Ah, sí... 24 horas, como antes. Ultra secreto. ¿Está codificando?
—Sí, señor.

—¡Vaya secreto! ¿Y qué hay de ellos? [*Voltea hacia los leopardos.*]
—Pero están inanimados.
—Aunque es mejor verificarlo. Ese Patizambo tuyo también está inanimado, pero mira cómo está coqueteando con Matilda...
[*Con estas palabras Petrovich se pone de pie, se acerca cuidadosamente a los animales y comienza a acariciar al primero.*]
—Urrr, urrr, gatito, gatito...
[*De pronto, con un movimiento súbito, Petrovich mete la mano bajo la cola del animal. No hay reacción.*]
—Parece que... parece que tienes razón...
[*Se acerca al segundo animal.*]
—Urrr, urrr, urrr... gato, gatito...
[*El mismo procedimiento, el mismo resultado.*]
—...que están inanimados... pero *du-vi-riyei no pro-vi-riyei*...
[*Se acerca al tercero.*]
—Es decir, confía pero verifica. Urrr, urrr, urrr, gatito... Qué cola más sensual... Urrr, urrr, gatito...
[*Completamente absorto en su investigación, Petrovich mete la mano bajo la cola de Matilda.*]
—¡Vaya, vaya, vaya, vaya!
—¡AAAAAYYYYY!
—¡Decían que inanimado!
—¡Petroooovich! ¡Petroooovich! ¡Petrovich! ¡Petrovich!
—¿Sí, inanimado? ¡Inanimado! ¡Con que sí! ¿Y eso qué es? ¡Espías! ¡Mata Hari! ¡Oooooh!
[*En este estado de gran conmoción, Petrovich saca sus esposas del bolsillo, arroja a Matilda al piso y a medias intenta arrestarla y a medias violarla. De pronto se da cuenta de la contradicción y se queda pasmado. Conmoción general. Gustav, Cecilia, y Basil Modestovich separan a Petrovich y a Matilda.*]
—¡Mein Gott, debería darte vergüenza! ¡Petrovich! ¡Vaya!
—Válgame, ya tuviste bastante Stanislavski...
—Esta es Matilda, Petrovich.
[*Petrovich está en estado catatónico.*]
—Cococonfía pero veveverifica...
[*Matilda llora.*]
—Mm, sí, me temo que tendremos que encender la computadora sin esperar la reelección.
[*Pausa. Basil Modestovich se acerca a la llorosa Matilda.*]
—Tranquila, pequeña. No fue adrede... No fue intencional. La presión, ya sabe. Con la democracia se debe pensar en demasiadas cosas a la vez.
—En dos por lo menos.
—Apuesto a que sólo pensaba en una, Gustav.
—Desde tu punto de vista, Cecilia, todos piensan sólo en una.
[*Matilda llora. Basil Modestovich continúa acariciando su trasero desnudo.*]
—Tranquila, tranquila. La presión, ya sabe, es demasiada. Aún más que con la tiranía. Por ejemplo, se debe pensar en [*Voltea y mira al oso.*] Occidente. En el futuro. En el presente también. En tanto que antes, mire, sólo se pensaba en el Este. Además, es natural, el pasado... Se han incorporado [*Su palma hace una ola sobre el trasero de Matilda.*] dos nuevos tiempos verbales. La presión, ya sabe. Hace que [*Breve giro de las caderas.*] se pierda la cabeza. Cae rodando... en cualquier momento... Bueno, ¿qué estaba diciendo? Ah, sí. No fue intencional.
—[*Matilda sigue llorando.*] Sí, claro. No fue intencional. Bestia asquerosa. Pero no es un depredador, Matilda, ¿o sí? No es un depredador. [*Recobra la compostura.*] Aunque por supuesto es una bestia. Una bestia, y vieja. De todas las bestias, ya sabe, el hombre [*Su rostro delata una lucha desesperada entre el instinto y la cordura.*] es la más peligrosa. En especial con la democracia. Los instintos, adormecidos con la tiranía, despiertan... En la democracia, incluso a los depredadores les dan en... de palos por ella. Hasta a los leopardos.
—[*Ella llora.*] En el futuro, en el futuro todo será distinto...
—Claro que sí...
—En el futuro... y él quería arruinármelo [*Llora.*]... trataba de asomarse... [*Se deshace en quejidos y lloriqueos incontrolables.*]
—Tranquila, tranquila...vamos, ¿qué pasa con usted, pequeña... y por qué habría de querer asomarse... al futuro? ¿Qué puede haber que no haya visto? [*Un vistazo a Cecilia y a Gustav.*] Créame, nunca piensa en eso. [*Sus ojos se deslizan hacia la entrepierna de Matilda.*] Claro que no. Lo conozco. Lo más probable es que le tema. Por los malestares, por ejemplo, o, digamos, el cementerio. ¡Y por eso grita espías! ¡Inanimado!
—Y Mata Hari.
—Pero, creo que esto es más bien un cumplido.
—Sobre todo si es con Greta Garbo.
—No, yo la prefiero con Jeanne Moreau.
—De ningún modo. Para mí sólo con Marlene Dietrich.
—[*Matilda deja de llorar, se enjuga los ojos y acaricia sus animales.*] Son lo que más quiero... son mis animados inanimados...
—Cierto, había buenas películas antes de que fuera el fin de la historia, ¿no?
—Mis gatitos lindos... en el futuro todo será distinto...
—Oiga, Matilda, en serio debería pensar en tener gatitos. Cuando los animales son minoría se les puede domesticar con facilidad. Piense en los nativos, por ejemplo...
—¿Y una vez que son la mayoría?
—No es más fácil tampoco. Muy pronto ya no hay nada qué comer, todo se acaba. Piense en las superpotencias, por ejemplo...
—Pero son herbívoros...
—Bueno, una vez que no haya qué comer, los herbívoros no le dirán que no a la carne. Quién sabe, tal vez así nos convertimos en depredadores.
—Pero es más probable que un carnívoro ataque a un herbívoro que al contrario. Porque los carnívoros son esencialmente omnívoros, en tanto los herbívoros no los son. Piense en los humanos, por ejemplo...
—Vaya, herbívoros, carnívoros, omnívoros, termonucleares... qué fastidio.
—Cierto. Un hombre, por ejemplo...
—Con esta clase de ideas, pequeña, esta zoología suya va a llegar a su fin muy pronto y se volverá historia de nuevo.
— ...por ejemplo un hombre. Es más, Charles Darwin. La supervivencia del más apto o del que cuenta con mejor mimetismo. La ley de la selva...
—Ah, Matilda, Matilda. El más apto, el desadaptado, la ley de

la selva... nadie sobrevive, pequeña; pero nadie. Esa es la verdadera ley de la selva para usted. También para los bosques mixtos, las llanuras, las montañas y los desiertos. Nadie sobrevive, nadie, nunca. En ninguna parte. Grábeselo en las nalgas. O escríbalo en su cola. En sus ur-caracteres... de cualquier modo, recoja esta pluma y tome unas notas, ahora que ya se ha recuperado.

—Sí, ya tengo los pies en la tierra otra vez.

—Ahora, adelante. La orden del día para la sesión de gabinete de mañana... ¡Petrovich!

—¿Eh? ¿Qué? [*Se esfuerza por recobrar el sentido.*]

—Ciérrate los pantalones y esconde las esposas. Esto te concierne a ti también.

—¿A mí? ¿Qué?

—La orden del día para la sesión de mañana... Bueno, la hora de inicio como siempre: en el descanso del almuerzo. ¿Alguna objeción? ¿No? Bien. El primer asunto: Continúa la discusión sobre el presupuesto nacional. Segundo: Redacción de la proclama a la nación acerca de la modernización científica y tecnológica de los procedimientos del gabinete. En resumen, acerca de la implantación de la computadora. Tercero: El reporte del ministro del Interior sobre la reacción de la *intelligentsia* al nuevo decreto que prohíbe mendigar. Cuarto: Miscelánea. Eso es todo. Con eso basta para mañana, para no hablar del día de hoy. [*Se levanta.*]

—¿Qué hay de la develación del monumento, Sr. Presidente?

—¿Qué monumento, Matilda?

—A las Víctimas de la Historia.

—Vaya. Lo olvide por completo. ¿A qué hora es eso?

—A las 3:00 p.m., Sr. Presidente.

—Parece que Petrovich debería hacerse cargo. Yo no puedo. Estaré ocupado con el sillón. Petrovich, ten mi Rolex.

—Muy agradecido. Muy...

—Pero él es ministro del Interior, Sr. Presidente. Es un tanto extraño. Son las Víctimas de la Historia después de todo. Quizá deba pedírselo a Gustav.

—Pero él es de Finanzas... Aunque, por otra parte, sólo él puede contarlas a todas. ¡Gustav!

—Sí.

—Aquí tienes mi Rolex.

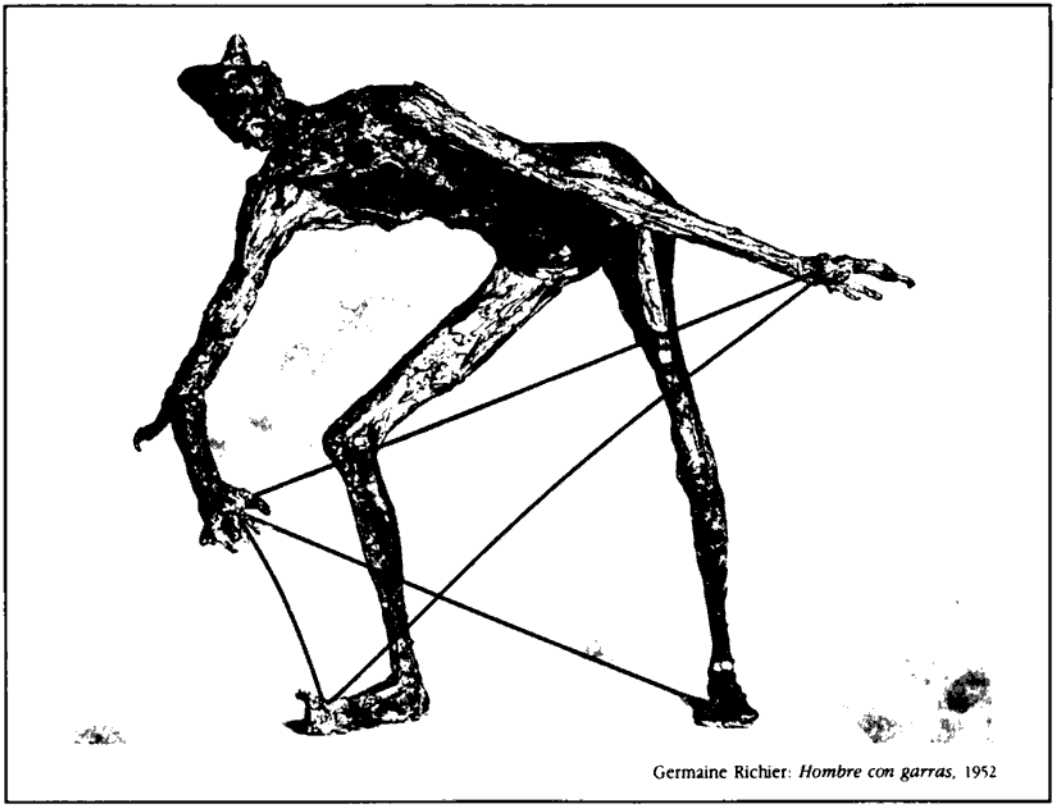
—*Danke.*

—Basil Modestovich, Tal vez sea mejor que yo vaya. ¿Puedo? Además, no necesito un Rolex, vivo por el rumbo.

—Perfecto. Es lo mejor. Gracias, Cecilia. "La Ministra de Cultura Devela un Monumento a las Víctimas de la Historia". A la prensa le gustará, sobre todo a la occidental. Por cierto, ¿Dónde decidieron erigirla finalmente? ¿Frente a la cárcel?

—No, en el pabellón de maternidad.

TELÓN



Germaine Richier: *Hombre con garras*, 1952